

*El presente artículo -aún inédito- fue escrito en un contexto preelectoral, buscando fomentar la reflexión sobre lo racial, situación que por ese entonces tenía una sobredimensionada vigencia. No obstante haber concluido el proceso electoral, por la importancia de lo expresado; creemos necesaria su publicación.*

El Perú es un país racista. Este es un hecho que usualmente hemos encubierto, incluso inconscientemente, pero que no debe ocultársenos: el reconocimiento del mal es el primer paso para intentar su curación.

Cada vez que un peruano quiere ofender a otro por cualquier motivo, le menciona su raza. El blanco llama "cholo" despectivamente al mestizo, el negro desprecia al indio, el indio trata al blanco de "gringo", el hombre del valle andino grita "¡Chuto!" al hombre de la altura, el negro insulta al blanco llamándolo "blanquiñoso"; y aún entre descendientes de chinos y de japoneses, es posible oír: "¡Esas son cosas de chinos!" de un lado o "Pero si son japoneses..." del otro.

El Perú es un país multirracial, ¡qué duda cabe! Pero le falta una consciencia multirracial: la objetividad del hecho aún no ha sido integrada dentro de la subjetividad de la percepción del mismo. Y de ello resulta que somos como un mosaico de etnias que coexisten relativamente independientes en vez de ser un crisol en el cual las etnias se funden para dar origen a la consciencia peruana.

Lo grave es que el elemento racial ha comenzado a intervenir en política, desembozando ese racismo latente. Esta peligrosísima variable fue introducida primero en clave positiva: se

# Política y Racismo

Fernando de Trazegnies G.

Ex- Decano y Profesor Principal de la Facultad de Derecho de la PUC

sugirió que un candidato, por sus características raciales, podía ser más adecuado para gobernar al Perú. Pero afirmar las ventajas de una raza es ser tan racista como quien sostiene las desventajas de otra. Es más, el racismo admirativo inmediatamente genera su correlato de racismo discriminatorio: una vez que, como aprendiz de brujo, se han desencadenado las fuerzas del racismo, éste se manifiesta en todos los sentidos. Es así como surgió una reacción innoble de ataque a la raza presuntamente superior. Y han habido atisbos de transformar perversamente la contienda política en un enfrentamiento de razas.

Nada puede justificar la intervención de la raza en el discurso político, ni aun bajo la forma insidiosa de plantearla como consideraciones sobre el origen cultural y no sobre el origen étnico. Algunos han afirmado que una persona nacida en Japón, hijo de padre y madre peruanos, no podría llegar a ser Primer Ministro en ese país. Es posible, no lo sé a ciencia cierta. Pero el prejuicio en el otro no justifica el prejuicio en nosotros. Por otra parte, el Japón es un país racial y culturalmente muy homogéneo, donde toda excepción adquiere un carácter aún más contrastante. Y éste no es el caso del Perú, que es quizá el país más plurirracial y pluricultural de toda América Latina: entre nosotros, ninguna raza puede sentirse una excepción porque la Nación es una resultante de todas.

La raza no puede ser políticamente ensalzada ni discriminada. Si se la ensalza, si se considera que la solución nacional está en que seamos gobernados por personas de una raza considerada superior (sea japonesa, aria o lo que fuere), estamos adoptan-

do una actitud colonial. Además, si paralelamente se afirma que no se está asumiendo ningún racismo discriminatorio por el hecho de colocar la esperanza en otra raza, se trata de una actitud contradictoria: no admitir que existen razas inferiores, lógicamente implica que tampoco podemos admitir la existencia de razas superiores. Si el pueblo japonés ha desarrollado de manera tan impresionante, no es por sus características raciales sino por su rica tradición cultural de profunda disciplina y esfuerzo personal; tradición que no logrará ser implantada en el Perú de la noche a la mañana sólo porque el Presidente sea de raza japonesa. De otro lado, si se discrimina en función del origen racial, si se cierra la posibilidad de que alguien pueda ser Presidente (o simplemente ser un ciudadano que quiere vivir en paz con sus semejantes) por el sólo hecho de su raza, entonces no sólo se viola la Constitución y los derechos humanos, no sólo se atenta contra nuestros principios morales más fundamentales y contra las bases mismas del liberalismo que pretendemos defender, sino que además corremos el riesgo de ver al país sumido en una tormenta de pasiones étnicas que sólo Dios sabe dónde nos puede llevar.

Estas reflexiones -motivadas por la angustia de ver nuestro país que se desarticula día a día- nos llevan a pensar que es de la mayor importancia en el momento actual que, desde todas las tiendas políticas, se cuide de que ninguno de sus partidarios contribuya a azuzar el racismo, ni por la vía de ensalzar una raza ni por la vía de discriminar una raza. Nadie debe ser objetado políticamente por su raza o por su religión, como nadie tampoco puede ser elegido por su raza o por su religión.